

— ¡María Ana, gritó Carlos, vamos, quédate!

Su única respuesta fué, á la vez que levantaba el ruedo del vestido para salvarlo de la suciedad de los escalones :

— ¡Buenos días! Reflexiona.

Y desapareció en la obscuridad de la escalera.

Carlos lanzó un juramento horroroso, cerró la puerta con violencia hasta romperla, y refunfuñando amenazas pegó la frente en el mismo cristal de la ventana, para seguir, al menos con los ojos, á aquella adorada querida que ligera y rozagante se alejaba.

V

Ana, hasta el día en que halló á Santiago, no había conocido otra preocupación que su interés y su placer. Educada por un padre ateo y socialista como el suyo, durante toda su infancia le escuchó quejarse de la torpeza que había cometido al echarse á cuestras una familia, y se juró no sacrificar su libertad sino á cambio de todas las ventajas que un hombre puede ofrecerle á una mujer. Excepto el resbalón, tan llorado, que la había puesto á discreción de su hermano de leche, en nada más había faltado á su regla de conducta. Institutriz en casa de una familia rica, pretendió hacerse llevar por el hijo mayor; pero los parientes, advertidos, la despidieron al instante. Galanteada por el viejo Descharmais, exigió de él sacrificios que eran para su porvenir el equivalente de un contrato de matrimonio.

Era una mujer muy fuerte, que sabía lo que quería y que lo ejecutaría con una largueza de vista y una paciencia de medios de un todo excepcionales. Muy peligrosa para un hombre honrado que fatalmente debía estar á su merced, muy seductora por su belleza y por su carácter, y muy agradable, asimismo, para ese que sería su víctima, porque le haría la vida agradable. Así había conducido á Descharmais hasta su última hora y le había quedado reconocida por las bondades recibidas de él, que la había dejado su legataria universal.

Lo mismo con Santiago : mientras siguió su práctica, se mostró superior y fué el árbitro de la situación; mas cuando arrastrada por la violencia de los incidentes se decidió, jugando el todo por el todo, á entregarse á Santiago en la esperanza de ligarlo indisolublemente por el recuerdo de delicias prodigadas, se produjo ese hecho inesperado : que la posesión dejó insensible á su amante, pero ya ella lo había enloquecido bruscamente.

Desconcertada por esta revelación del placer hasta lo no sospechado, esperó la vuelta de Santiago con ardiente impaciencia, y su dolor fué

inmenso cuando recibió, en lugar de la misiva llena de reconocimiento y de esperanza que aguardaba, aquellas frías palabras de ruptura acompañadas del regalo ultrajante para una señorita. La víspera, y aún fría, quizás no hubiera pensado en vengarse ; pero nuevamente iniciada en el amor quemante todavía de los besos del que la abandonaba así, no pensó más que en llorar : en vez de tratar de volverlo á ver, de recobrarlo para someterlo y castigarlo, partió desolada llevando á su retiro el amargo pesar de su tranquilidad perdida y el deseo de experimentar otra vez la dicha que había probado.

Actualmente, en posesión de ese que la había dejado, ligada á él por imperecederos recuerdos de alegría, renunció á toda otra ambición que no fuera la de vivir á su lado, irritadamente decidida á hacerle sentir lo que ella misma sentía, amada, sí, pero mucho menos de lo que ella amaba. Mas una sombra se extendía continuamente sobre su pensamiento : temía que Prévinquières quisiese á la joven muerta más que á ella, viva, y que por instantes, lo mismo en su compañía que entre sus brazos, allá en lo interior de su alma, no llorara siempre á la que le había sido arrancada.

Esta era la preocupación incesante de Ana, fantasma que combatía con pasión, con encarnizamiento y hasta con rabia; enemigo inseparable del que quería triunfar, mas cuyo triunfo no estaba segura de alcanzar. Pero el amor no había abatido en ella la astucia, la habilidad y la destreza: nunca había calculado con más atención y prudencia hasta sus menores acciones, sus palabras más sencillas y su gesto más simple. Nada de ella debía repugnar á Santiago, sino todo satisfacerle hasta la complacencia; tal era la regla que se había impuesto. Si él hacía una comparación entre el pasado y el presente, la diferencia debía estar siempre á favor de ella, y entre su esposa y su querida, era preciso que toda desigualdad notada por Santiago fuese lisonjera para la querida. ¡Pero cuánto tenía esto de difícil, delicado y escabroso, y qué tesoro de ingenio derrochaba en esta lucha en que el resultado era vital para ella!

Desde luego, pretendió que su amante dejara el traje de luto: se sentía deslucida de verlo siempre vestido de negro á su lado, y ella ataviada con colores claros y con el lujo variado de sus trajes de mañana. Hacía un año que estaba viudo, y esa librea fúnebre era una demostración de

sentimiento que alteraba singularmente la sinceridad de sus protestas afectuosas. Pero demasiado astuta para tratar la cuestión sin precauciones, y demasiado timorata para abordarla de frente, se limitó á acentuar los contrastes y á sembrar en el alma de Santiago — por una coquetería de hombre joven — el deseo de abandonar este invariable uniforme de atiesado oficial de ministerio ó de magistrado lúgubre.

Acabó por conseguir que cambiara los horribles guantes de cabritilla negra, que le ensuciaban los puños, acariciándole y besándole las manos por espacio de tres semanas antes de obtener que cediera á sus espirituales críticas y á sus intencionados ruegos: para ella fué ésta una victoria de importancia, porque le presagió el resultado completo y definitivo, que consistía en el absoluto acaparamiento de su amante. Ya no alimentaba el oculto deseo de casarse: lo esencial era que Prévinières no la abandonara nunca más, y de cualquier manera que viviese junto á él — con tal que viviera — se tendría por muy satisfecha.

Conocía cuán poderosos son los bazos que forman la costumbre y con cuánta pena, al cabo de algún tiempo, se desatan ó se rompen, si es que

pueden ser desatados ó rotos : se decía que el tiempo trabajaba para ella, y su único plan consistía en durar, segura de que al fin y al cabo vendría á ser indispensable.

Las exigencias de Carlos y la reserva tan marcada de Dauziat, eran las solas dificultades serias que tenía que vencer, y á ello se consagraba con un cuidado particular. Á su hermano de leche le había prohibido que, ni aun subiendo por la escalera de servicio, se presentara en su casa de la Chaussée d'Antin : ya Santiago lo había encontrado una vez, y la impresión que el bandido le produjo fué deplorable; así, pues, ella no quería que su amante lo volviese á hallar, so pena de verse interrogada, vigilada, quizás, y hasta comprometida.

Toda su táctica consistía en dar confianza á Santiago : ¿ podía tolerar que viniera Carlos á destruir el resultado de tanta sagacidad y de tantos cuidados? Prefería que todo imperioso y amenazante, viniera á buscarla un domingo para pasarlo juntos en esas partidas de placer, al regreso de una de las cuales la había encontrado el literato. Desde que amaba á Santiago no soportaba al mozo aquel cuya bestialidad no la amedrentaba antes :

de él, todo le chocaba, le desagradaba, y era un suplicio para ella pasar en su compañía ese día tan pedido, tan esperado y que podía costarle tan caro; pero temía sus violencias, y aunque siempre había sabido manejarlo como los domadores hacen con sus bestias, quizás llegaría una vez en que se rebelaría contra la mano misma que de costumbre obedecía, echando por tierra en un instante toda la andamiada con tanta paciencia construida.

Esto era lo que ella se decía al regresar de la calle de Tholozé á su casa á pie, porque sentía la necesidad de calmar la agitación de su sangre y de fortalecer sus nervios. La hora crítica se aproximaba, ella lo veía, y su sola inquietud era que sus relaciones con Santiago sufrieran alguna complicación que pudiera sobrevenir; de lo demás se cuidaba bien poco. Esta mujer, tan celosa de su reputación, que se vigilaba con una prudencia siempre alerta, ahora despreciaría su situación si ella no había de servirle para conservar á Santiago. Sospechada por Dauziat y amenazada por Carlos, ya era tiempo de tomar un partido.

Sin ninguna sospecha de todas sus agitaciones, Prévinières era dichoso : su tristeza se había disipado, recuperaba el gusto por la existencia y

no se aburría como antes, pues contaba con un elemento de interés en su vida. Ya no veía pasar sus días uniformes é interminables entregado á la ociosidad, y Ana no lo absorbía, aunque sí lo ocupaba : regularmente iba á su casa á las tres de la tarde, luego la dejaba para ir á su Círculo, y por lo común volvía para pasar la velada con ella. Él le agradecía infinito que le hubiera arrancado el fastidio de la vida que lo devoraba y de mostrarse tan ingeniosa para complacerle : nunca la encontraba sino obsequiosa y alegre, y envidiándola por esta igualdad de carácter que juzgaba natural y espontáneo, le decía :

— Usted es dichosa, Ana, porque siempre está contenta... ¿Qué hace, pues, para ver siempre las cosas por el lado bueno y bajo su aspecto agradable?...

Ella le respondía sonriendo :

— ¿Se imagina usted que no tengo mis horas de fastidio y mis momentos de impaciencia? Usted se engaña, no soy tan dichosa como usted supone : es que como lo amo y no quiero desagravarle, dejo mis nervios en libertad solo cuando usted no está delante, á fin de recibirlo con toda la apacibilidad y dulzura posibles. Si usted en-

cuentra aquí el cielo azul y brillante, es porque la tormenta ha reventado cuando usted no estaba presente.

— ¡La tormenta! ¿Es que algunas veces descarga por aquí la tormenta?

— ¡Oh, sí, con bastante frecuencia!

— Cualquiera lo dudaría : no hay ni un resto de lluvia, ni siquiera se ven algunos relámpagos demorados...

— Nada más que el cielo azul y el sol : para usted todo está tranquilo, purificado y sereno.

— Pero, vamos, Ana, ¿qué puede causarle angustia y ponerla colérica?

— ¡Ah, vaya que es usted demasiado curioso! ¿Con qué fin le ocultaré mi mal humor, si usted me hace confesarle las causas?

— Yo quisiera conocer qué hay capaz de irritar la paciencia de Ana...

— Nada de usted, mi querido Santiago, nada de usted, créalo así.

Él no insistía porque se daba cuenta de que la contrariaba, pero una curiosidad profunda lo dominaba por saber qué pensaba, qué hacía y qué decía en su ausencia : no sospechaba nada, pero por momentos tenía la intuición de que existía

algo oculto en aquella vida tan igual, tan recta y tan sencilla en apariencia. « ¿En qué se ocupa cuando yo no estoy delante? ¿adónde va? » se preguntaba. Bien es verdad que veía con frecuencia grandes tapicerías cuyos canevas se cargaban de puntos progresiva y regularmente; pero ésta no podía constituir su sola distracción ni su único entretenimiento: él no lo creía, y sin embargo, no descubría nada que le llamara la atención. Ana leía poco, y éste era uno de los más graves cargos que Dauziat le hacía. ¿En qué puede pensar una mujer que no lee y que pasa todo el día haciendo puntos sobre el canevá? se preguntaba el literato. La lectura es una pereza del alma, es un entretenimiento de la imaginación: los que no leen son seres ininteligentes de un todo, ó muy activos, que combinan, que construyen en su cerebro planes para el porvenir, ó que se acuerdan de acontecimientos en los que en otro tiempo estuvieron mezclados. Mujer en cuyas manos no se ve un libro... ¡desconfío de ella!

Santiago le respondía:

— ¡Cállate, que no piensas en otra cosa que en tu editor y en la venta de tus libros! Los que no leen son monstruos de estupidez y de depra-

vación, porque no contribuyen á que puedas hacer tiradas más numerosas. Eres un tonto: hay gente á quien la lectura aburre, y además ¡las novelas son tan extrañas!

— ¿Qué estás hablando de novelas? Yo sé bien que no valen gran cosa, á pesar de la enorme pretensión de los autores y por artística que sea su letra: psicólogos, simbolistas, realistas, naturalistas, satanistas, en fin, yo los meto á todos en el mismo cesto, con la cruz de honor por encima. ¿Estás contento? Pero hay otra cosa que novelas: ¡un periódico — me conformo con poca cosa — un periódico, aunque sea *le Petit Journal*, por ejemplo! En fin, un papel cualquiera sobre el que se vean letras de imprenta y del que después se puede hacer un paquete ó un envoltorio. Eso me bastaría como índice intelectual y moral; pero nada, lo que se llama nada, la nada... eso me contraría.

— Ella leía antes; lo sabes bien.

— Eso es lo que me extraña hoy. Vamos, francamente, no tendrás la pretensión de acaparar todo su pensamiento; así, pues, ¿con qué sueña ella fuera de ti?

Santiago protestó, pero en su alma quedó ras-

tro del razonamiento de Mauricio, y á pesar suyo buscaba algún lado que fuera obscuro ó dudoso en la existencia de Ana. Pero no descubría nada : la amaba, iba á su casa con placer y la dejaba con la satisfacción del próximo retorno. Mas nada de pasión ; sólo el tranquilo interés afectuoso de un hombre ordenado para una querida de quien está seguro.

De tal modo había cambiado desde los comienzos de su vida con la señora de Descharmais, y con tanta ventaja para sí, que lo mismo su madre que su tío, que se habían alarmado por su sombría tristeza y su humor salvaje, se complacieron mucho é hicieron por informarse de las causas de aquella feliz modificación. El Comandante encontró á Dauziat y le hizo preguntas á las cuales el escritor contestó con ciertas evasivas que no impidieron por cierto á que el viejo militar comprendiera que su sobrino tenía una amiga muy agradable que le consolaba en sus penas.

De la señora de Descharmais no se habló. Si el nombre de la joven se hubiera pronunciado, tal vez el Comandante se hubiera sentido menos contento. Desde los informes de La Brède guardaba la impresión vaga, aunque tenaz, de que Ana era

una persona peligrosa y astuta, y Dauziat no creyó necesario ni conveniente informar á la familia de Santiago de modo que pudiera crearle dificultades á su amigo, á quien, por su parte, veía con demasiado placer curarse de su mortal tristeza, para arriesgar el que nuevamente cayera en ella.

Por tanto, cuando tuvo sobre las frecuentaciones de la joven los antecedentes que de modo súbito le proporcionó la casualidad en el ventorrillo de la barrera de Ornano, deliberó si iría á casa del Comandante para enterarlo ; pero temió las exageraciones del veterano, y no juzgando los acontecimientos bastante graves para tomar una medida prematura, se resignó á esperar. También juzgó que así procedía mejor, dejando pasar el momento favorable para aclarar á Santiago y anular fácilmente la situación.

Cuando llegó Prévinqüières á casa de Ana el día que ella fué á la calle de Tholozé, la encontró en su cuarto-tocador, sentada, pensativa y mano sobre mano, esto último nada habitual en ella : la joven le acercó la frente, pero con aire tan distraído que él le preguntó al momento :

— Y bien, Ana, ¿qué es lo que tienes? ¿por qué esa cara?

Ella, sombría de un todo, negóse á responder á ésta y á otras muchas afectuosas instancias con más que con algunas lágrimas : él, contrariado por completo, se sentó junto á ella y le habló tiernamente con el propósito de forzarla á una explicación que parecía costarle mucho á la joven.

— Vamos, majadera, ¿qué es lo que tienes? ¿es que te han dado que sentir? Hace ya algún tiempo que observo que no tienes tu tranquilidad acostumbrada; ¿será que no tienes confianza en mí? Quiero que me cuentes lo que te sucede, porque es evidente que algo te embaraza...

Que no la angustiaba dificultad ninguna, le contestó; que se engañaba, y que además, ya sabía que no aceptaría nada de él; que todos aquellos que la entristecían eran motivos todos morales y de orden íntimo, á los cuales él no debía prestar atención, porque no le interesaban; que él no tenía que buscar en ella otra cosa que las sonrisas, la ternura y el placer, y por último, que había sido una torpe en no haber refrenado mejor sus nervios...

Esto diciendo, se esforzó por tomar un aire risueño, y de sus lindos ojos las lágrimas corrieron más bellas. Entonces Santiago, con esa rabia de

saberlo todo que tienen los hombres, cuando hubiera sido bien juicioso y prudente absteniéndose de investigar, forzó las confesiones y escuchó la declaración que ella había directa y cautelosamente preparado :

— No he querido nunca hablarte de mi familia, porque no es lo que yo quisiera que fuese; y cuando digo mi familia, no es exacto, puesto que no tengo ninguno de los míos después que perdí mi padre... Pero llamo así á mi vieja nodriza y á su hijo... Ya sabes, la mujer de Granville.

— Sí; y bien, ¿qué tiene esa gente? ¿es desgraciada?

— Son desgraciados. Mi nodriza ha expuesto en especulaciones y se ha comido todo lo que le he dado, y mi hermano de leche — que no es muy buen sujeto — disgustado de su suerte y de la situación de su madre, aunque yo los ayudo convenientemente, me ha escrito cartas horribles, y en fin, ha venido aquí á provocarme disputas y darme escándalos... Esta mañana todavía... De suerte que me siento toda turbada...

— ¿Esas tenemos?... ¡Pero ese es un bribón que se puede fácilmente traer á la cordura!...

— ¡Oh, yo te lo ruego, mi querido Santiago,

no te ocupes nunca de él!... La idea de que tengas por mi causa la menor contrariedad, me vuelve loca... ¡Es justamente porque me ha amenazado con escribirte, por lo que estoy atormentada!

Y las lágrimas bellas y brillantes rodaron sobre las mejillas de rosa de Ana, descendiendo como surcos de plata hasta sus labios palpitantes: Santiago acercó su boca á aquel encantador y desconsolado semblante, besó dulcemente aquellos ojos y luego dijo con un arrullo simplón:

— ¡Pobre Ana, tan buena! ¿Qué es lo que podrá escribirme ese joven? ¿que necesita dinero, que no le das bastante? Pues bien, yo le enviaré; he aquí todo, sin que lo sepas, para que no te disgustes.

Ana se levantó azorada:

— ¡Eso es justamente lo que temo! ¡Oh, por nada del mundo cometas esa imprudencia, Santiago!... Yo estaré tan humillada como inquieta, porque no sabes cuánto abusará de ti; y el día que lo dejes, ¡Dios sabe qué negras historias será capaz de inventar para hacer por malquistarnos!... ¡Un joven que tanto he complacido y cuidado, y que ahora me paga cometiendo contra mí una

infamia tan horrorosa!... ¡Véase cómo se pagan las bondades!...

— Pero, mi chiquilla, no es necesario atormentarte así, dijo Santiago riendo: eso que te sucede no es nuevo, es el A B C de la vagancia y de la villanía, y por lo mismo, no hay que sacar consecuencias de ello. ¿Piensas que voy á creer lo que me diga en sus cartas? Si me escribe, echaré su prosa al fuego para purificarla y no te diré una palabra.

— Al contrario, yo quiero que me prevengas, declaró Ana con fuerza; quiero estar al corriente de todo lo que haga ó diga: tal vez no haga nada; pero si va á verte ó si te escribe, yo te ruego que no quedes bajo la impresión de sus calumnias, sino que me lo cuentes todo, para poder defenderme y disculparme.

— Si va á mi casa, no lo recibiré, y si me escribe, te traeré la carta... ¿Estás contenta?

— Sí, te doy las gracias.

Habiendo así prevenido á Santiago contra una tentativa de Carlos, reservándose tratar nuevamente el asunto á fin de descubrir todo ataque de su hermano de leche, Ana respiró con más libertad.

Pasaron algunos días sin que oyera hablar de Carlos : éste se abstuvo de escribirle y de enviar á su madre á gemir y lamentarse, como habitualmente hacía cuando la joven se negaba á sus peticiones. Ésta suponía que tal vez estuviera amedrentado por las amenazas que le había hecho, aunque esto parecía inverosímil. Quizás permanecía tranquilo para no precipitarla á una ruptura definitiva, acontecimiento que él debía temer mucho, puesto que la consecuencia sería dejarlo sin recursos.

Así, pues, se resolvió á esperar que el tiempo pacificara los ánimos y que le permitiera salir del paso peligroso en que se veía detenida. Por otro lado, parecía que las mismas grandes dificultades que tenía que vencer sobreexcitaban su pasión, porque nunca había amado á Santiago con tanta locura como al juzgarse en peligro de perderlo. Tuvo uno de esos delirios de corazón, como los experimentaron los amantes en la época del Terror, cuando bajo el imperio de la guillotina se adoraban, é inciertos de llegar con vida al siguiente día, gozosos en sus embriagueces de amor se decían :

— ¡ Tal vez ésta sea la última !

Santiago, un poco sorprendido de este arrebató y lisonjeado por esos transportes, se prestó á ellos con todo el entusiasmo de la juventud ; sin embargo, á veces el ardor de Ana le atemorizaba : su voz, tan agradable siempre, le parecía extraña ; en sus ojos descubría un devaneo como los de una persona á la que fascina una visión horrible, y sus labios temblaban y sus mejillas palidecían como para evidenciar más aún una turbación más violenta que la del amor. Entonces se esforzaba en calmarla llamándola hacia sí ; pero estaba como poseída por un delirio pasajero, y no respondía, ó hablaba de cosas extravagantes que eran para Santiago verdaderos enigmas. Una idea fija la dominaba, muy comprensible y muy clara, y consistía en exigir de Prévinières la confesión de que ninguna mujer lo había amado como ella ; y una vez que el amante convenía en un todo, parecía sentirse satisfecha.

Pero con frecuencia esta afirmación no era suficiente para aquietar el demonio interior que la atormentaba, y entonces permanecía intranquila, sombría y muda, como absorta por reflexiones que no quería ó no podía formular.

Una noche, en que el joven la tenía en sus bra-

zos, después de una de esas crisis, y en que con más energía que de costumbre le exigía una explicación, Ana, después de muchas dudas y suspiros, le declaró :

— Quisiera estar segura de que no lloras ni echas de menos á ninguna de las mujeres que has amado...

Sorprendido por lo extraño de la declaración, Santiago quedó silencioso, y entonces ella, con exaltación febril agregó :

— Sí, quisiera estar segura de que no tengo rival ni aun en tu memoria... La idea de que tal vez hagas comparaciones conmigo, de que tengas ciertos recuerdos y ciertas pesadumbres, ¡eso es lo que me quema, eso es lo que me roe el corazón!... ¡Júrame que yo reemplazo todo lo que has amado!...

Y entonces lo abrazaba palpitante, convulsiva y con toda la fuerza nerviosa de que se sentía dueña : su rostro, encuadrado por sus cabellos esparcidos, expresaba una voluntad ardiente y dolorosa ; sus ojos lo devoraban como queriendo ir á arrancarle la verdad del fondo del alma ; el fuego de su aliento le quemaba el semblante y casi le tocaba en la boca con sus labios, como

anhelante de aspirar la respuesta en un beso de triunfo.

Pero Santiago le respondió melancólicamente y en voz un poco baja :

— Tranquilízate, Ana : puedo jurarte que reemplazas todas esas á quienes he amado, y que no echo de menos ni me acuerdo de ninguna de esas que viven...

Á estas últimas palabras Ana lanzó un grito, en su fisonomía se pintó una angustia mortal, sus miradas se volvieron pálidas como si sus ojos se descoloraran, y entre profundos sollozos balbuceó :

— ¡Las vivas!... ¡oh, las vivas qué me importan!... ¡Es á la otra, á la muerta, á la que yo temo!...

Santiago quedó estupefacto é inmóvil y silencioso, sin hallar una palabra que calmara aquellos celos que se revelaban tan imperiosos como fuertes, y en medio de su estupor oyó á la joven que gritaba desatinada :

— ¡Oh, es esa la que yo quisiera hacerte olvidar!... ¡Oh, qué no diera yo porque no pensaras nunca más en ella, nunca!... ¡Entre nuestros besos está su boca, y en ciertas noches, en la obscuridad, estoy segura que es á ella á quien imaginas

acariciar!... ¡Oh, es ella quien te impide amarme tanto como te amo; es ella quien me detesta y quien me mata!...

Azorado por esta explosión de dolor, Prévinières le habló razonablemente, le rogó, pudo consolarla, y al fin llegó á verla tranquila. Pero ya había visto en esta alma cerrada el secreto que la torturaba: los celos, y no por el amor que lo había unido á la viva, sino por el culto piadoso que lo tenía siempre ligado á la muerta.

Repuestó de sus impresiones, reflexionó y trató de analizar aquel especial estado de espíritu. Si la inocencia de Ana no hubiera estado tan claramente demostrada cuando pudo abrigar dudas, ahora hubiera podido creer que el recuerdo del crimen no la desamparaba, y que esa furia pasional, que la arrastraba á querer borrar del corazón de él la memoria de todas las mujeres, era una combinación extraordinaria de su amor declarado y de su remordimiento secreto.

Mas bien pronto rechazó este pensamiento que le pareció ultrajante para la buena y adicta Ana. ¿Iba á pagarle sus ternuras con la más innoble de las sospechas? ¿el exceso de su afección misma sería entonces su solo y verdadero crimen? Porque

esa clase de locura que la atormentaba tenía su origen — de eso estaba seguro — en la exclusiva y violenta adoración que él le inspiraba.

Y hubo de sentirse satisfecho con tal explicación, sobre todo, porque no hallaba otra mejor, y luego, porque lisonjeaba su amor propio. Pero sus relaciones con Ana sufrían: á pesar de su firme resolución de sacrificarlo todo por la tranquilidad de Santiago, no supo ocultar tan bien como en el pasado sus preocupaciones y sus tristezas. El velo se había roto, y todo lo que antes pudo disimularse, ahora brillaba en pleno día. Los sentimientos de Ana y las impresiones de su alma no eran más un misterio para su amante, quien ya, cuando la veía lanzarle miradas penetrantes, como si quisiera registrar hasta lo más profundo de su pensamiento, adivinaba qué era lo que la atormentaba, qué buscaba y qué deseaba.

Por su lado, ella no se hallaba ahora tan cohibida, viendo que se le comprendía, y que si no se le aprobaba, por lo menos, se le reconvenía con suavidad y dulzura. De igual modo tenía exigencias de mujer, segura de estar tratada en ellas con indulgencia. Nunca había manifestado el deseo de ir á casa de Santiago: no conocía su apartamiento,

y más aún, afectaba no pasar por delante de la casa. Un día quiso que la recibiera; pero al notar la frialdad con que fué oída su demanda, se puso mohina y él tuvo que hablar el primero para discutir la conveniencia y la oportunidad del proyecto. Mas ella tuvo respuestas para todo, y era preciso que su deseo la apremiara imperiosamente, para que ella, que cedía siempre al momento, se mantuviera en esta ocasión con una firmeza inquebrantable.

— Pero, ¿qué es lo que piensas ver de curioso en mi casa? le preguntó Prévinières.

— Tu casa.

— Mas, no hay nada de notable, ni de interesante, ni...

— ¡Es tu casa!

— Pero mi casa está aquí, puesto que galantemente me has hecho el dueño de ella.

Ana movió la cabeza, pero no pronunció ni una palabra de dócil desistimiento.

Al otro día, Santiago había acabado de almorzar y leía en su gabinete, cuando el criado entró á decirle :

— Señor, hay una señora que desea verle.

— ¿Una señora?...

— Sí, señor : una señora joven, muy elegante y muy bonita...

Santiago no tuvo un momento de duda : esa era Ana. Y no sintió disgusto por ese golpe de autoridad; al contrario, le hizo gracia por lo osado.

— Hágala entrar en la sala, advirtió al criado.

Cambió su americana por un chaqué, para no tener el aire muy familiar con la visitante, y abriendo una puerta se presentó en la sala. Ana, de espalda para él, se hallaba de pie delante del retrato de Elena. Era un buen retrato que la representaba melancólica y encantadora, con sus dulces ojos y su fina sonrisa. Ella lo miraba con tal feroz atención, y tan entregada estaba á su contemplación, que no sintió aproximarse á Santiago : éste le tocó ligeramente el hombro con un dedo, y ella se volvió estremecida y sombría, y sin pronunciar una palabra de afección, ni dar los buenos días ni con un ligero movimiento de cabeza, con la mano señaló el retrato.

Él quedó frente á ella embargado por el cambio de su fisonomía. La casualidad había hecho que estuviera vestida con un traje gris, como el día en que la vió por la primera vez y el día en que se reconciliaron; mas no era la dama vestida de gris,

un poco enigmática, pero sonriente y graciosa: ahora era una mujer amenazadora, temible, que él no conocía y que le turbaba profundamente.

La joven leyó en sus ojos la impresión fatal que le producía, pero el furioso demonio que la guiaba no le permitió atenuaciones hipócritas: de ordinario, tan pronta á componer su rostro, tan hábil para disimular su desagrado y volverse cariñosa, ese día quedó irritada, ruda, con el pecho palpitante por una emoción violenta, los dedos crispados, los dientes mordiendo sus labios, y rompiendo á hablar con acento enronquecido, le dijo:

— ¡Esta es ella!

Él bajó la cabeza y no articuló una palabra, pero Ana, lanzando sobre el retrato una mirada de cólera, agregó:

— Comprendo muy bien que usted la llore; ¡era muy bella!

Esta vez Prévinières perdió la paciencia: tomándola por el brazo, la atrajo hacia sí y arrancándola de delante de la imagen que insultaba con su mirada y amenazaba con su gesto, le dijo con una energía que fué una novedad para ella:

— ¿Qué significa esta escena? Es tan inconveniente como ridícula, y deseo saber si es para

herirme tan gravemente por lo que usted ha buscado tanto venir á mi casa. ¿Qué espera usted de esta manifestación, qué es lo que pretende probar con su actitud? ¿que es usted una mujer muy mal educada y sin ningún sentimiento delicado? ¡Pues bien, lo ha conseguido usted, y nada más tiene que hacer aquí; ahora, vaya usted para su casa!

Ante palabras tan severas, la joven toda convulsa elevó las manos suplicantes, sus rodillas se doblaron y con un doloroso gemido se dejó caer en un sillón. Santiago, sin ocuparse de ella, paseaba toda la sala con el semblante sombrío, los nervios crispados y presa de una turbación dolorosa. Se sentía incómodo con Ana y consigo mismo, y le parecía que cuanto acababa de pasarle había sido odiosamente premeditado para violentar sus sentimientos. Acusaba á su querida de haber profanado sus más íntimos pesares, y él mismo se condenaba por haberle ofrecido la ocasión.

Mas como su desesperación no era de rencor, al oirla llorar se acercó á la joven, quien ya cambiada en la buena Ana lo miraba con inquietud, porque habiendo tomado posesión de sí misma,

medía el alcance de su conducta y estaba azorada y sobre todo temía que Santiago no la perdonara. No le dijo nada á éste, pero tomándole una mano la posó sobre su frente con graciosa humildad y después se inclinó ante él llena de arrepentimiento y ávida de obtener su perdón. El joven no se lo negó, pero la reprendió afectuosamente dirigiéndole reproches que ella escuchó resignada, aunque no pudo dejar de hacer mérito de las causas atenuantes :

— ¡Oh, yo he sido una loca al venir aquí, y tenías mucha razón al prohibirmelo! Sospechaba que todo en este apartamiento estaba consagrado al culto de la que lloras siempre : de eso ya no me cabe la menor duda, y mi tormento será mucho más cruel desde hoy que he visto ese retrato y que sé que se halla constantemente ante tus ojos. ¡Oh, no dudes de lo mucho que padezco, aunque ignores los sufrimientos de los celos!... ¡Y estar celosa de una muerta!... Es decir : ella será invariablemente querida, digna de todas las adoraciones y de todos los respetos. Esa devoción que se tiene por ella no se debilitará, porque es como el martirio de un santo. ¡ Si viviera, podría envejecer, fatigar, aburrir, desagradar, y la lucha

contra ella sería posible y la victoria, quién sabe quién la obtendría! Pero en tu pensamiento ella será eternamente bella, perfecta y divina... No hay remedio : nunca, jamás podré triunfar de su recuerdo, sino vivir condenada á sufrir y á morir!

El joven le hizo reflexiones lleno de tristeza y de piedad, porque la veía sincera y verdaderamente desgraciada. ¡Ay!... ¿Por qué volverse sombría, celosa y desesperarse hasta la locura? ¡Miserable triunfo para la pobre joven desaparecida, ese tributo de penas que él le consagraba todos los días! ¡Fría divinidad de un templo vacío donde no reinaba más que el silencio y la tristeza de la muerte, y espléndido altar convertido en melancólica y solitaria tumba! Las locuras de su imaginación llevaban á Ana á los quiméricos temores. Para los vivos, no son rivales temibles los muertos, con sus ojos cerrados, sus bocas mudas y sus brazos inertes. ¿ Á qué, pues, torturarse el alma para obtener como único resultado el envenenamiento de la dicha, que podía ser completa merced á un poco de más juicio? Santiago sufría cruelmente con estas luchas estériles entre la muerta y la viva, y le suplicó á Ana que las evitara, á fin de

que él viera en su moderación y juicio una prueba de amor verdadero.

Peró la joven no le dejó continuar : levantándose lo tomó por la mano y le dijo :

— Sí, tienes razón, y soy indigna de tu indulgencia : he procedido mal, pero te juro que no lo haré más. Ven, salgamos de aquí ; la vista de ese retrato me tortura, y ya ahora conozco que te ofendo permaneciendo ante él.

Santiago la siguió á su gabinete, donde ella se sentó muy calmada, hablando con una voz grave y en un tono comedido que formaba el más singular contraste con lo áspera y violenta que se había mostrado un poco antes. Ahora estaba completamente dueña de sí misma, y consideraba que era necesario, antes de irse, dejar borrada la deplorable impresión que su demencia había producido en Santiago. Á conseguirlo se dedicó con toda la habilidad que le era particular cuando estaba tranquila, y lo consiguió bastante para esperar que el recuerdo que de este desagradable incidente guardaba su amante, le sería más bien favorable.

Eran las tres de la tarde y se despidió anunciándole que regresaba á su casa : él le prometió ir á

comer con ella, y para disipar el último desagrado que persistía en su alma, un momento después que ella salió de su casa.

Marchó por la calle sin rumbo, para hacer ejercicio, y sin haberlo pretendido se encontró, al cabo de media hora, delante de la casa de Dauziat. Instintivamente trepó los dos pisos que conducían al apartamiento de su amigo, y tiró del cordón de la campanilla. Hacía tanto tiempo que no había ido, que al verlo el criado no pudo ocultar un movimiento de sorpresa, y sin preguntar á su amo si estaba dispuesto á recibir, introdujo al visitante en el gabinete del literato.

Inclinado sobre su mesa de trabajo, Mauricio acababa, de cubrir con fina letra una hoja de papel blanco, y otras varias hojas esparcidas atestiguan que el trabajo regular á que se dedicaba había comenzado desde la mañana. Al ruido de la puerta que se abría elevó la cabeza, y al ver á Santiago, su semblante se iluminó con una sonrisa. Dejó la pluma, arregló sus papeles y se levantó :

— ¡Por mi fe que llegas como bajado del cielo! Ya comenzaba á hacer mal el trabajo... ¡Eh, aún no son las cuatro!... Y tú, ¿vas bien?

— Muy bien.

— Dices eso con un aire triste. ¿Es que tienes disgustos en tus relaciones íntimas?

Santiago afectó no haberle escuchado y cambió la conversación.

— ¿Trabajas en tu nueva novela?

— Sí, en eso estoy trabajando.

— ¿Y marcha á tu gusto?

— Así, así: ya sabes que no me enamoro fácilmente de lo que hago... Es una empresa endiablada la realización de una idea; y cuando se ha llegado solamente á medio camino del ensueño, ya se puede considerar como una buena medianía.

— ¿Y cómo van tus asuntos de corazón?

— ¡Nada bien por cierto! He sido abominablemente engañado por Valentina, quien además de su comerciante en vinos de Champagne, explota á un marqués italiano y á un barítono de opereta. Aún le hubiera perdonado al marqués; pero el barítono me ha disgustado.

— ¿Cómo supiste eso?

— El barítono me ha escrito para denunciarme al marqués...

— ¿Entonces, Valentina no trabajará en tu pieza?

— ¿Por qué no? ¿porque esa chiquilla tiene debilidades, es preciso cortarle su carrera? ¿qué dirá su costurera, si no pasea sobre las tablas — con esas hermosas formas que todo París conoce — los espléndidos trajes que la casa X^{***} quiere poner de moda? ¿Qué pensarán las bellas señoras de los palcos y butacas, si para distraerse de mi prosa no pueden contemplar esta admirable muñeca tan bien vestida? ¡Qué aflicción para el marqués, si su buena amiga no sigue siendo una estrella del arte! Será capaz de no continuar arruinándose por ella. ¿Y qué será entonces del barítono? No, no le haré tal perjuicio á tanta gente: Valentina representará, yo mismo quiero mejorarle su papel, y haré que en el último acto eche el resto.

— Estás hoy de buen humor, pues tomas las cosas por el lado divertido.

— Mi querido, es necesario proporcionar los efectos á las causas. No querrás verme ahorcado por esta hospitalaria cómica de la legua, porque eso sería demasiado divertido y demasiado alegre á fuerza de ser estúpido.

— Estás más irritado de lo que quieres aparecer, y te haces cosquillas que te fuercen á reír;

pero en el fondo sin duda que no tienes esas ganas.

— En el primer momento me abochorné, pero tenía justamente que escribir en mi novela una escena violenta, y aproveché la circunstancia para emplear mi cólera... La tormenta ha servido para que mi molino dé vueltas, y así es que nada he perdido.

— Entonces, ¿eres bastante filósofo para tomar por el lado bueno todos los disgustos de la vida?

— De eso trato, aunque no lo consigo siempre.

Santiago se puso taciturno, encendió un cigarro y lo fumó con aire preocupado. Dauziat lo dejó entregado á sí mismo durante algunos instantes, y después lo miró fijamente :

— Escucha, harás mejor en decirme francamente qué te pasa, puesto que si al fin has de contármelo, vale más que evites la molestia de un preámbulo.

Santiago entonces le relató á su amigo la extraña escena que había tenido lugar en su casa y los esfuerzos hechos por Ana para ahogar en él todo recuerdo de ternuras pasadas y para venir á ser soberana sobre todas las mujeres que él había conocido y amado.

Con aire distraído, pero reflexionando profundamente, Dauziat le hubo escuchado. La lucha emprendida por Ana era una confirmación de sus temores : habiéndole hecho á Santiago — ó contribuído á hacerle — el mal irreparable de arrebatarse su compañera escogida y adorada, no podía existir redención para la culpable si no borraba el recuerdo de la víctima. De ahí, esas agitaciones y esas angustias : por una suerte de fatalidad expiatoria, ese era el crimen que vengaba al crimen, y por su rival muerta, la joven se veía más atormentada que por su rival viva.

Mauricio se guardó bien de aclarar á su amigo : lo veía aún demasiado cerca de la desesperación y lo había visto próximo á sucumbir, para querer exponerlo de nuevo ; así, pues, se limitó á cambiar sus ideas y á tranquilizarlo.

— Óyeme, Santiago, yo te aconsejo que no te lamente : se te ama mucho, demasiado, pero ese exceso nunca ha sido un mal. Ana es una mujer diabólica que te posee tanto, que está celosa hasta del pasado. El caso no es nada nuevo, pues tenemos algunas comedias muy divertidas con ese argumento. Pero es necesario ser indulgentes con los que nos aman. Estás en relaciones

con una mujer muy inteligente; hazle, pues, comprender — si ella no lo ha suficientemente conocido por sí misma — que no te prestarás á esos caprichos, y puedes estar seguro que se lo tendrá por dicho. Por lo demás, goza de tu dicha.

— Luego, ¿no ves nada de extraordinario en su actitud y en su lenguaje?

— ¡Pero si en las mujeres todo es extraordinario y nunca hay nada de normal, mi buen Santiago!... Son seres de impulsión á la merced de los nervios, de la imaginación y de los sentidos... No se hallará una que se parezca exactamente á la otra, y la única regla general que puede formularse respecto á la especie, es decir que en cuanto se refiere á las mujeres, no hay más que excepciones.

— No te pido una conferencia sobre el sexo, dijo Santiago pensativo, sino que me des un consejo razonable. En mi lugar, ¿continuarías con Ana?

— He ahí una cuestión. Antes de haberla vuelto á encontrar, te morías de fastidio y de disgusto: hoy en día, ¿pretenderás que te ocupa exageradamente y que te hace vivir demasiado? Consérvala, pero toma la autoridad sobre ella, y si te sobre-

viene cualquier cosa, ya sea con ella ó por su causa, prométeme que vendrás en el momento, antes de hacer nada, á ponerme al corriente.

— Puedes creer que no faltaré... Pero no te he consultado bastante... He pasado mucho tiempo sin verte...

— ¡Egoísmo de la dicha! Nosotros conocemos eso.

— ¿Qué vas á hacer esta noche?

— Me vestiré, saldré, comeré... Luego, veremos.

— Ven, pues, conmigo á casa de Ana, porque quisiera que la estudiaras en este momento.

Dauziat hizo un movimiento de sorpresa.

— No; y guárdate bien de contarle que has estado á verme: ella es muy fina, al momento sospechará que te has franqueado conmigo respecto á tus asuntos, y eso sería muy inconveniente.

— ¿Crees así que desconfía de ti?

— No lo creo: estoy seguro, y eso es bien natural dado su carácter. Sistemáticamente, debe querer formar el vacío en torno de ese á quien trata de acaparar. Si no estuviéramos ligados de la manera que estamos y si yo no hubiera usado

de tanta reserva desde que la conociste, indudablemente que hubiera conseguido que riéramos.

— ¡Eso es imposible!

— Lo mismo pudo haber sido, aunque no fué, y no debes olvidar que hubo frialdad entre nosotros. ¡Ah, para disgustar á dos amigos, no hay nada mejor que una mujer! Si sospecha que uno le es hostil, si teme que se mine su influencia, todo es perdido: no descansará hasta no lograr romper los lazos más poderosos de estimación y las relaciones más sólidas de interés. Sé prudente, mi querido Santiago, ya que no serás el más fuerte.

Ambos salieron reunidos, pasearon por el boulevard durante una hora, como frecuentemente hacían antes, y luego el escritor se dirigió á su Círculo y Prévinquières á la calle de la Chaussée d'Antin.

Encontró á Ana dulce, expresiva, sonriente, como si ninguna tormenta hubiera turbado la serenidad de su dicha, y suspirando con satisfacción pensó que el alerta bien desagradable que había recibido no se renovarí.

Pasaron así algunos días. La joven aparentaba haber borrado de su alma hasta el recuerdo de sus

temores é incertidumbres. Nada en su actitud revelaba un esfuerzo por agradar; y sin embargo, un observador más perspicaz que Santiago, hubiera descubierto en sus tiernas efusiones un tinte de melancolía: era como el rápido paso de una sombra sobre un paisaje cuando el sol se ve cubierto súbitamente por una nube densa. Pero esta violencia moral era cuidadosamente disimulada, y se hacía preciso compartirla para darse cuenta de ella. Mas el amante no tenía la más leve sospecha, y continuó viviendo indiferente, y por consecuencia, dichoso.

Mas no era sin razón que la señora de Descharmais se abandonaba por instantes á la tristeza. Después del día de su visita á la calle de Tholozé, vió llegar á su casa á la nodriza, quien llorando se lamentó de la dureza de María Ana para con su hijo. Sinceramente la madre Carlos adoraba á ese foragido que por dos ocasiones le había comido todo lo que poseía, y á la que era muy difícil concebir que no se hiciera todo por agradar á ese que ella consideraba como el más bueno de los hombres. Sin llegar hasta empujar á la joven en los brazos de su siniestro vástago, hubo de favorecer con todas sus fuerzas sus amo-

res con el precoz bandido. Hubiera deseado que el matrimonio los hubiese unido, é influyó en el ánimo complaciente del alcalde de la Comuna, á fin de obtener su aprobación; pero la resistencia tan enérgica opuesta por la novia á esos proyectos, la había desagradado vivamente, y la unión con Descharmais vino á desesperarla. La ingratitud de los hijos para con la familia le había parecido falta monstruosa, y sin cuidarse de la infame conducta de su hijo, que le había robado el dinero que guardaba en su armario, estigmatizó enérgicamente el descrédito y mengua de María Ana, que se ponía á vivir con un viejo. Las generosas dádivas de ésta no pudieron sino con gran pena calmar su resentimiento, y fué necesario la muerte del protector y que volviera á entrar en la gracia de Carlos, para que la nodriza se serenara completamente.

Á contar de este día, las exigencias de la vieja se traducían en jeremiadas continuas sobre lo malo de los tiempos y la injusticia de la suerte: no podía admitir que el destino no hubiera colocado al bandolero de su hijo en una posición brillante, llenándolo de riquezas y de alegrías. Fuera de esa audaz y repugnante criatura con mirada de

asesino, no concebía nada de seductor ni atrayente: aquel monstruo era la belleza y la seducción misma, y así como temblaba cuando él profería un juramento ó una maldición, cuando lloraba no se detenía ante nada por tal de calmar su pena.

Las contrariedades de amor de Carlos habían repercutido violentamente en el corazón de la madre, y cuando regresó á su casa seguida de un dependiente del restaurant llevando un succulento almuerzo, y vió que Ana había partido y á su hijo en un raptó de furor demasiado tiempo contenido, cayó sobre una silla en medio de los platos y las botellas.

Ahora, impelida por Carlos, había llegado á casa de Ana para lanzarle los más violentos reproches. Ésta era una ingrata, que desconocía toda la afeción que se le había prodigado en sus malos tiempos. Cierto era que Carlos no le había contado á su madre todo lo que había hecho por su hermana de leche, pero la vieja se quejaba con reticencias que hacían pensar que el tunante se había vanagloriado de haber hecho un importante servicio, y por lo tanto, como Ana le pagaba con indiferencia y con sequedad, ¿no era eso bastante para desagradar y para impedir qué nunca más se le sirviera?

La joven, sentada tristemente en un rincón que formaban la chimenea y la pared de su cuartotocador, había escuchado en silencio el discurso de la nodriza; y tal era lo estragada que la tenía esta clase de reprensiones, que para conmovérla y agitarla, precipitándola más en los disgustos y desesperaciones que la abrasaban, venía de perlas la elocuencia maternal de la señora de Carlos.

Sin embargo, despechada por el poco efecto que producía, la nodriza fué perdiendo grado por grado su calma, la moderación de sus clamores y quejas hubo de desaparecer, y como la señora de Descharmais permanecía inmóvil y pensativa sin parecer escuchar cuanto le declamaba la matrona, ésta se encolerizó por tanto mutismo y tanta pasividad, tomó aliento y comenzó á transparentar en su lenguaje el fondo de su pensamiento :

— En suma, ¿ qué es lo que esperas de la situación en que te hallas? ¿ imaginas que el señor de Prévinquières se casará contigo? Su familia te es completamente hostil, ya hemos tomado informes, pues á Dios gracias, se tienen amigos que saben las cosas y que ayudan á sacar el partido que se quiere.

Á estas palabras, que revelaban las más claras

amenazas de explotación, Ana levantó los ojos y prestó oídos; mas no fué la audaz amenaza de la señora de Carlos lo que la sacó de su sopor, sino esta simple frase :

« Su familia te es completamente hostil. »

La joven se inclinó hacia adelante, y con súbita rudeza le interrogó :

— ¿ Qué es lo que usted dice? ¿ usted ha hecho espiar á la familia del señor de Prévinquières?

— ¡ Oiga usted eso!... ¡ En buenas se está con la gente de policía!... Aunque es verdad que falta hace que sirva para cualquier cosa...

— ¿ Y qué es lo que usted ha sabido por sus soplones?

— Que fué la familia de Prévinquières quien la primera vez se opuso á tu unión con el joven, y que bien puede oponerse una segunda si sabe que ustedes han reanudado sus relaciones...

Ana no dijo una palabra, pero palideció, y una pequeña arruga, que no podía tomarse por una sonrisa, se dibujó en el ángulo de su boca.

— ¡ Pardiez! Si crees que esos burgueses se dejarán arrebatar la herencia, continuó la vieja, te engañas por completo. Ellos no saben lo que pasa, y es por eso que ustedes pueden tranquilamente

mente amarse con tanta ternura; pero si se les previene, esto no continuará: el Santiago tocará retirada, como la primera vez, y en caliente contraerá segundo matrimonio con una rica heredera. Un joven viudo, ¡vaya, eso no es ya tan despreciable! Y rico ¿no es verdad? ¿no piensas que le hacen un regalo á la señora de Descharmais?...

— ¿Si se les previene? repitió lentamente Ana, quien de tantas palabras como acababa de oír, no parecía haber retenido otra cosa que esta amenaza. ¿Quién, pues, ha de prevenirlos?

— ¡Eh! ¿Se sabe todo lo que el amor contrariado puede aconsejar? ¡Carlos es tan desgraciado! La elección de medios no le pertenece, y sobre todo, no tiene medios; medios financieros, se entiende, porque de otros... Se sabe que tiene la inteligencia, el valor y la fuerza; vaya, un hombre que... Y si tú no fueras una loca, sabrías conocer la diferencia que hay entre un buen muchacho como mi Carlos y un caballejo como tu Prévinières. Vaya, ¿quieres que te lo diga? El Descharmais valía más, era más razonable y podía entenderse contigo á pesar de su edad. Pero con ese chiquillo, que parece pegado al suelo, no hay nada que hacer. Además, yo te lo anuncio:

Carlos se cansa, va á desesperarse, y cuando un joven como él tiene pesares, no se sabe qué es todo lo que hay que temer. Á mí me horroriza, ¡á mí, que soy su madre, y á quien ama hasta dar uno de sus ojos por evitarme una pena! Serás temeraria si no te das cuenta de su estado, porque el exasperarlo será del todo imprudente, y si quieres guiarte por mi consejo, te diré que debes halagarlo un poco, pues él no es exigente, y me ha dicho cuando yo salía para verte á ver: — «Que me dé una prueba de que me ama siempre, es todo lo que pido: que venga á almorzar aquí el domingo, para consolarme de la ofensa que me ha hecho al partir ayer.»... ¡Ve, pues!... ¡Necia!... Yo iré á almorzar en casa de una vecina, para dejarlos á ustedes frente á frente... Hazlo dichoso, pues para lo poco que eso te cuesta, serás muy mala si le niegas el placer!...

Ana respondió con tranquilidad:

— ¡No, se acabó! ¡Ni usted ni él me obligarán á volver!... Usted ha abusado de mí... No me niego á ayudarla y nunca la dejaré en la angustia; pero para otra cosa, ¡no! El dinero, sea, no lo negaré; pero nada más que eso.

— ¡María Ana, estás ofuscada y no comprendes

tus verdaderos intereses! Con un hombre tal como Carlos para protegerte, serás como una reina. ¡Es tan fuerte y tan adicto!... Pero no lo empujes, porque al fin...

— Y bien, ¿qué hará, pues, que peor no lo haya hecho ya?

La vieja lanzó á la joven una mirada de indignación :

— ¡Ingrata!

— Tome usted, aquí tiene quinientos francos, interrumpió la señora de Descharmais alargándole un billete que había tomado de una cartera : cuando se le acabe pídame más; pero no espere otra cosa... Mi resolución es terminante y nadie conseguirá que cambie...

La señora de Carlos movió la cabeza, puso el billete sobre la chimenea y dijo con aire afligido :

— No, no puedo aceptar lo que nos ofreces... Si mi hijo presume que he sacado hoy dinero de tu casa, no sé de todo lo que será capaz... Él me pegará, sí, se exasperará hasta el extremo de pegarme... ¡Ay, por eso está ofendido, por lo que le has dicho!... Y todos tienen su dignidad, cualquiera que sea su condición sobre la tierra, y es

únicamente con amabilidades como podrás manejarlo... El interés no tiene que ver nada en la cuestión : se trata de amor, y si te muestras complaciente con él, sin duda que aceptará tus generosidades... ¡Pruebas de ternura y ser suave como la seda!... Pero dar sumas como se dan limosnas, ¡no, eso es demasiado humillante! Guarda tu billete, hija mía.

— Como usted quiera, dijo Ana con fastidio; y en todo caso, déjeme tranquila...

— ¿Esa es tu última palabra? preguntó la vieja.

— ¡Perfectamente! Por lo demás, Carlos sabe á qué atenerse : no le he ocultado mi manera de pensar.

— Yo te aconsejo que no te jactes.

— Pero métase bien en la cabeza, que no tengo que temer ni de él ni de usted...

— De mí, lo creo fácilmente : ¡una mujer que te ha servido de madre!... Pero de él... ¡Tú estás ofuscada, María Ana!...

— Eso, á mí únicamente me importa.

— ¡Pues bien, no acuses á nadie más que á ti de lo que pueda sobrevenir!

La madre Carlos, como por casualidad, puso la mano sobre el billete de banco, que estaba todo

abierto y tentador : lo dobló como distraidamente, sin saber lo que hacía, lo deslizó entre su corpiño, lanzó á Ana una mirada llena de reproches y con un gesto de desolación trágica abrió la puerta y salió.

VI

Algunos días después, al entrar Santiago en su casa para vestirse y acudir á la calle de la Chaussée d'Antin, donde Ana le aguardaba á comer, encontró sobre la mesa de su gabinete una carta, cuyo sobre de clase corriente y lo vulgar y grosero del carácter de la letra, denunciaban una petición de socorro dirigida por algún mendigo de profesión. La abrió con indiferencia, preparado de antemano al olor de tabaco que iba á exhalar la carta y á las jeremiadas de costumbre de la redacción; pero bruscamente su mirada quedó fija y una palidez horrible cubrió su semblante. Dejó la carta un momento sobre la mesa, como si dudara de lo que acababa de leer, sentóse, temiendo que le faltaran las fuerzas, volvió á tomar el escrito y lo leyó de nuevo :